

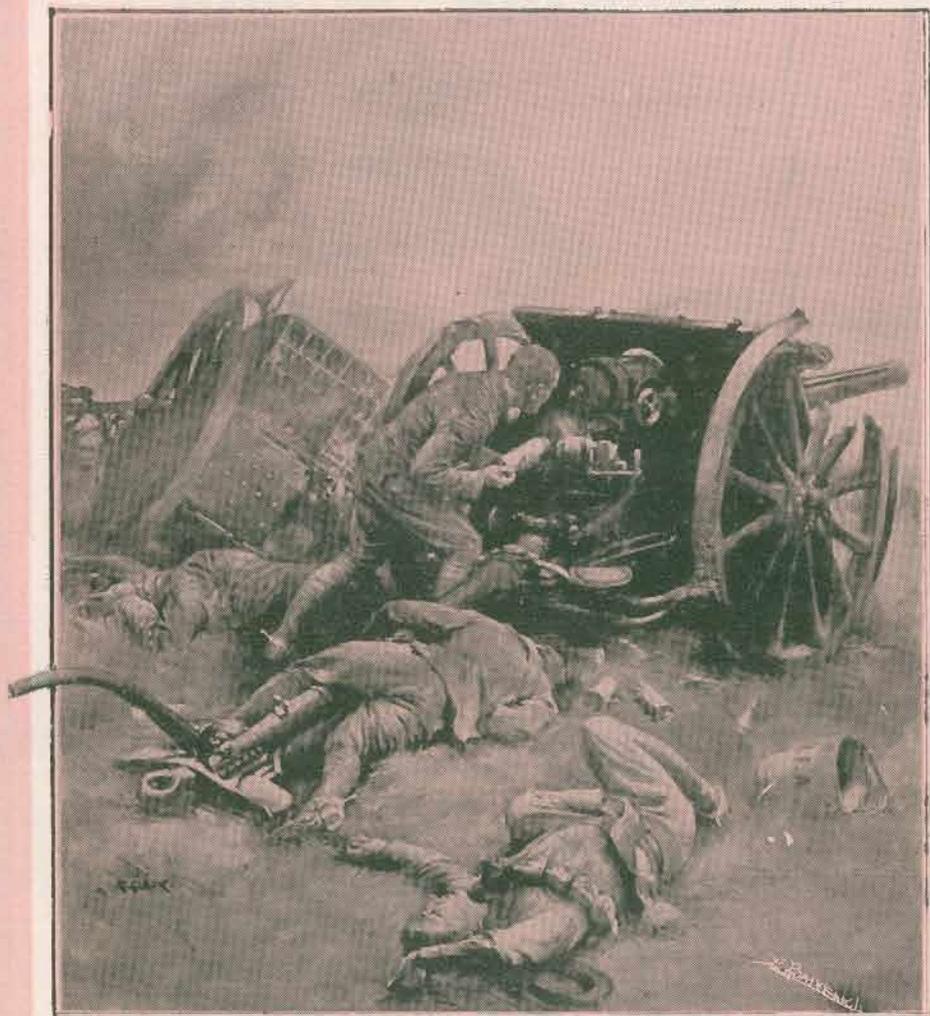
Pandemónium

Revista Quincenal Ilustrada
de Ciencias, Letras y Artes

No. 120

15 de octubre de 1914

Año IX



Acto heroico de un soldado inglés de la artillería de campo

San José de Costa Rica
Librería Alsina

Apartado No. 249 Teléfono No. 36

Precio **25** Cts

LIBRERIA ALSINA



**Obras literarias y Novelas
de los más célebres autores**

**INMENSO SURTIDO
EN EFECTOS PARA ESCRITORIO**

Objetos para regalos

PRECIOS AL ALCANCE DE TODOS

**Calle de la Estación y Calle 3ª Norte
SAN JOSE, Costa Rica**

PANDEMONIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

EDITORES: MURRAY Y CÍA. • ADMINISTRACIÓN: LIBRERÍA ALSINA

AÑO IX

15 DE OCTUBRE DE 1914

NÚM. 120

12 de Octubre de 1914

422 aniversario del descubrimiento de América

A Cristóforo Colombo

Recorriste la curva del hirviente oceano
con la mirada fija en lo desconocido,
en pos de un mundo nuevo al genio prometido,
en pos de un continente que ocultaba el arcano.

El ponto proceloso cruzaste en soberano
vuelo, como si fueras un cóndor atrevido;
tu ensueño de vidente miraste convertido
en un hecho, imposible para otro sér humano.

A las primeras luces de una rosada aurora,
que fué a peinar las crines de seda de la bruma,
conquistaste la cumbre de tus anhelos grandes.

Y surgió el continente bajo el dosel de Flora,
como una nueva Venus de la nevada espuma,
y el triunfo de tu audacia repercutió en los Andes.

Eisimaco Chavarría

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES

EDITORES:

MURRAY Y COMPAÑIA

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA ALSINA

APARTADO 249—TELÉFONO 36

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

CONDICIONES:

Número suelto \$ 0-25
Suscripción por un mes 0-50
" " trimestre (adelantado) 1-25
Número atrasado 0-40

Para Centro América los mismos precios.
Para el Extranjero,
el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SUMARIO:

TEXTO

Cristóforo Colombo	LISÍMACO CHAVARRÍA	La gloria de Cervantes	MAX GRILLO
La envidia	DR. JOSÉ INGENIEROS	La moral del pensamiento	VÍCTOR M. CAÑAS
Amarou	GABRIEL BOISSY	Una distinción	
La canción de las flechas— Canta De L'Amour Farde, de Amaron—Interpretación)	ARTURO GARCÍA SOLANO	Cantan las gotas	VÍCTOR JULIO CORREDOR
El beso de la esfinge	CAMILO CRUZ SANTOS	Feliz ignorancia	GASPAR CHAVERRA
El gallo	ALFREDO GÓMEZ JAIME	Los "preludios" de la guerra	
Lidy	CARLOS JINESTA	Al niño	RAHINDRANATH TAGORE
Los dos titanes	MIGUEL GONZÁLEZ SOTO	Fatalidad	HORACIO ISAZA CASTILLO
		Holanda	JOSÉ ENRIQUE RODÓ
		Los libros	

GRABADOS

Acto heroico de un soldado inglés de la artillería de campo.—Dr. José Ingenieros.—Camilo Cruz Santos.—Carlos Jinesta.—Muchachos que ayudan en la guerra europea.—Von Moltke.—Srtas. Mercedes Ruiz F. y Angela Jiménez S.—Funerales de los guardias civiles belgas.—

Cuerpo de ejército inglés en marcha a los campos de batalla.—Barón Von Bethman Hollweg.—Destrozos en Bruselas por las bombas de un zeppelin.—Castillo De Albertis, en Génova.—Los "preludios" de la guerra: tres dibujos satíricos de Hansi.—Caricatura extranjera.

La envidia

I. La pasión de los mediocres —
II. Los envidiosos.—III. Su castigo.

I.—La pasión de los mediocres

La envidia es el acíbar de los impotentes, el grillete de los fracasados. Es un humor venenoso que mana de las heridas abiertas por la realidad en el flanco de las almas vanidosas. Es el rubor de la mejilla sonoramente abofeteada por mano de la superioridad ajena.

La envidia es innoble entre las bajas pasiones que pueden arraigar en los caracteres mediocres. El que envidia se confiesa subalterno; esta pasión es el estigma psicológico de una humillante inferioridad, sentida, reconocida.

No basta ser inferior para envidiar, pues todo hombre lo es de alguien en algún sentido; es necesario sufrir del

bien ajeno, de la dicha ajena, de cualquier culminación ajena. En ese sufrimiento está el núcleo moral de la envidia: muerde el corazón como un ácido, lo carcome como polilla, lo corroee como la herrumbre al metal.

El envidioso es la primera víctima de su propio veneno; la envidia lo devora como el cáncer a la víscera, lo ahoga como la hiedra a la encina. Por eso el Poussin, en una tela admirable, pintó a este monstruo mordiendo los brazos y sacudiendo la cabellera de serpientes que le amenazan sin cesar.

La envidia es la horca caudina por donde pasan, tarde o temprano, los que viven esclavos de la vanidad. Y pasan lívidos de angustia, torvos, avergonzados de su propia tristura, sin comprender que sus lamentaciones son la más inequívoca consagración del mérito ajeno. Bien la ha definido Vargas Vila como el culto de las almas viles a las almas grandes y como la adoración del mérito por el despecho: envidiar es estar de rodillas ante una gloria.

La inextinguible tortura moral de estos amargados es, al mismo tiempo, el pedestal granítico de los vencedores.

Entre malas pasiones ninguna la aventaja. Plutarco decía ya—y lo repite La Rochefoucauld—que existen almas corrompidas hasta jactarse de pasiones abominables; pero ninguna hay que haya tenido el coraje de confesarse envidiosa. Una muy principal razón de ello está en que confesar la

propia envidia implica a la vez declararse inferior al envidiado; pero no es menos cierto que se trata de una pasión tan abominable y tan universalmente detestada que avergüenza al más impúdico y se hace lo más indecible por ocultarla.

Sorprende que Ribot no la haya estudiado en su reciente volumen sobre



DR. JOSE INGENIEROS

las pasiones, limitándose a mencionarla como un caso particular de los celos. Fué siempre tanta su difusión y su virulencia que la mitología greco-latina la supuso de origen sobrehumano, haciéndola nacer de las tinieblas nocturnas. El mito le atribuye cara de vieja horriblemente flaca y exangüe, la cabeza cubierta de víboras en vez de cabellos. Su mirada es hosca y los ojos hundidos; los dientes negros y la lengua untada con tósigos fatales; en una mano ase tres serpientes y en la otra una hiedra o una tea; incuba en su seno un monstruo reptil que la devora continuamente y le instila su veneno; está agitada; no ríe; el sueño nunca cierra los párpados sobre sus ojos irritados. Todo suceso feliz la aflige o atiza su congoja; destinada a sufrir, es el verdugo implacable de sí misma.

II.—Los envidiosos

Siendo la envidia el culto de las cumbres, los envidiosos son sus naturales sacerdotes.

El propio Homero nos dejó ya, encarnado en Tersites, el abyecto envi-

dioso de los tiempos heroicos; y como si sus lacras físicas fuesen exiguas para exponerlo al baldón eterno, en un simple verso nos da la línea más sombría de su carácter moral, diciéndolo enemigo de Aquiles y de Ulises: la degradación moral del envidioso puede medirse por las excelencias de carácter de las personas a quienes envidia.

Shakespeare trazó una silueta definitiva del envidioso despiadado, en su feroz Yago, semillero de infamias y cobardías, capaz de todas las traiciones y de todas las falsedades. Mantegazza opina que el envidioso pertenece a una especie inmoral, raquílica, mezquina, a menudo abyecta, sólo digna de compasión o desprecio. La falta de coraje le impide ser malo y se resigna a ser vil. Jamás confiesa lo que siente; cavila en rebajar a los otros desesperando de la propia elevación. Le faltan las reacciones del odio; las expresa tartajeando y es incapaz de desahogarlas en ímpetus viriles. Vive con la boca amargada por una hiel que no consigue arrojar ni tragar. La cinta métrica empacha sus manos: sólo se afana por medir a los demás, en su anhele desesperado de rebajarlos hasta su propia medida.

La familia ofrece variedades infinitas, por la combinación de otros caracteres con el fundamental. El envidioso pasivo es un melancólico solemne y sentencioso; el envidioso activo es un escorpión atrabiliario. Pero, fúnebre o bilioso, no sabe reír de risa inteligente y sana. Su mueca es falsa: ríe a contrapelo.

¿Quién no los codea en su mundo intelectual?

El envidioso pasivo suele ser un hombre estreñido y serio, lo que sólo revela su incapacidad de reír; nada le atormenta más que la alegría de los triunfadores satisfechos. Proclama las virtudes de la solemnidad; sabe que sus congéneres aprobarán tácticamente esta teoría que justifica la irremediable inferioridad de toda la especie. Tiene prejuicios aterradores: no vacila en sacrificarles la vida de sus propios hijos, empujándolos si es necesario,

en el mismo borde de la tumba. El envidioso es miope para la esperanza, ciego para todo porvenir; como hombre mediocre es un esclavo de su miopía, un prisionero de su tiempo.

El envidioso activo suele poseer una elocuencia intrépida, disimulando con niágaras de palabras su estiptiquez de ideas. Parece tener mil lenguas, como el clásico monstruo rabelasiano; por todas ellas vierte su elogio reticente, pues la reticencia en el loar es el máximo de su valentía moral. Tiene mil piernas y se insinúa doquiera, sembrando la intriga. Merece pertenecer a todas las academias donde se consagra a los mediocres y alguna tardía paternidad intelectual suele turbar el curso de su madurez estéril; su obra suele ser el fruto del pensamiento ajeno. Jamás se olvida de protestar previamente su admiración y su cariño para los que turban sus noches con las luces del talento, sintiendo que su vanidad sólo puede oponerle las frágiles compensaciones de la con-fabulación a ras de tierra.

A pesar de sus temperamentos heterogéneos, el destino suele agrupar a los envidiosos en camarillas o en círculos, sirviéndoles de argamasa el común sufrimiento por la dicha ajena. Allí desahogan su pena íntima difamando a los envidiados y depositando toda su hiel como un homenaje a la superioridad del talento que los humilla. Son capaces de envidiar a los grandes muertos, como si los odieran personalmente. Hay quien envidia a Sócrates y quien a Napoleón, creyendo igualarse a ellos rebajándolos; para ello ensalzarán a un Brunetiére o un Boulanger. Darían lo que no tienen por saber escribir y dedicarse a la crítica. ¡Oh la crítica! Es el sueño de los que no pueden ser originales. Y sobre todo, una crítica elevada y que no comprometa, hecha de insinuaciones, restringiendo las perversidades para que resulten más agudas, sacando aquí una migaja y dando allí un arañazo, tratando, en fin, de disminuir todo lo que puede ser objeto de admiración, todo lo que ya es admirado, rebajando siempre, confiando en que

después de mucho rebajar se encontrarán a igual nivel los críticos y los criticados.

Un contrabajista de café concierto roerá la gloria de Wagner y se cruzará en el camino de un Strauss o de un Debussy. El mal gacetillero se entregará a consumir bibliografías en un diario rural vertiendo su ácido prúxico sobre algún lejano Maeterlinck o D'Annunzio. Alguno de esos pintores que no pintan difamará a los que pintan, dejando caer su chorro de prosa como si un robinete de pus se abriera sobre telas de Zorn o de Zuloaga. Las mujeres feas demostrarán que la belleza es repugnante y las viejas que la juventud es comprometedora; vengarán su desgracia en el amor, diciendo que la única virtud respetable es la castidad, cuando ya en vano la ofrecerían a los transeuntes. Los demás envidiosos, todos en coro, repetirán que el genio es degeneración o epilepsia, negarán que existan talentos, o los colocarán más bajos que los mediocres, confundirán la honestidad con la virtud, la vanidad con el orgullo, el inmoralismo con la dignidad, todo lo equívoco con todo lo cristiano, atribuyendo a los criticados las bajas intenciones que supuran en lo íntimo de sus cerebros impropios.

La crítica es el paraíso de muchos envidiosos. Si les dieran a elegir entre ser Shakespeare o Sarcey no vacilarían un minuto, para poder difamar al primero. Pero esos placeres malignos poco amenguan su irreparable desventura, que está en sufrir de toda felicidad y en martirizarse de toda gloria. Rubens lo presintió, pintando la envidia, en un cuadro de la galería alegórica de María de Médicis, sufriendo entre la pompa luminosa de la inolvidable regencia.

El envidioso cree marchar al calvario cuando observa que otros escalan la cumbre; muere en el tormento de envidiar al que lo ignora o desprecia, como el gusano que se arrastra sobre el pedestal de una estatua.

El rumor alciónico de las alas parece estremecerlo como si fuera una burla a sus vuelos gallináceos. Maldice la

luz, sabiendo que en las tinieblas de su alma, no amanecerá un solo día de gloria. Si pudiéramos hacer una manzana de águilas o decretar un apagamiento de astros!

III.—*Su castigo*

El castigo de los envidiosos estaría en cubrirlos de favores, para hacerles sentir que su envidia es recibida como un homenaje y no como un estiletazo. Envidian más a las personas bondadosas, porque su gran virtud es el más óptimo de los bienes; los favores que el envidioso recibe constituyen su más desesperante humillación.

Si no es posible agasajarlo, es necesario ignorar al envidioso; tomar cuenta de sus infamias sería hacerle favor. Los hombres superiores pueden inmortalizar con una palabra a sus lacayos o a sus sicarios. Hay que evitar esa palabra; de muchos imbéciles sólo tenemos noticia porque algún genio los honró con su desprecio. El verdadero castigo de los críticos está en la muda sonrisa de autores. El que critica a un gran pensador tiende la mano esperando una limosna de celebridad; basta ignorarlos y dejarlos con la mano tendida, negándoles la notoriedad que les confería el desdén. El silencio del genio mata al mediocre; la indiferencia lo asfixia. Algunas veces su vanidad supone que lo ha tomado en cuenta y que se advierte su presencia; sueña que le han nombrado, aludido, refutado, injuriado. Pero todo es un simple sueño; debe resignarse a envidiar desde la penumbra, de donde no le sacará el hombre superior.

Dante consideró a los envidiosos indignos del infierno, lo que se aviene a su condición mediocre. En la sabia distribución de penas y castigos los recluyó en el purgatorio. Yacen acoquinados en un círculo de piedra cenicienta, sentados junto a un paredón lívido como sus caras llorosas, cubiertos por silicios, formando un panorama de cementerio viviente. El sol les niega su luz: tienen sus ojos cosidos con alambres, porque nunca pudieron ver el bien prójimo. Habla por ellos

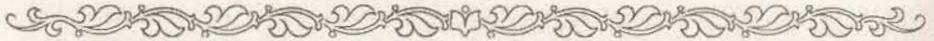
la noble Sápfa, desterrada por sus ciudadanos; fué tal su envidia que sintió loco regocijo cuando ellos fueron derrotados por los florentinos. Y hablan otros, con voces trágicas, mientras lejanos fragores de trueno recuerdan la palabra que Caín pronunció después de matar a Abel. Porque el primer asesino de la leyenda bíblica tenía que ser un envidioso.

Llevan todos el castigo en su culpa. El espartano Antístenes, al saber que le envidiaban, contestó con acierto:

peor para ellos; tendrán que sufrir el doble tormento de sus males y de mis bienes. Los únicos gananciosos son los envidiados; es satisfactorio sentirse adorar de rodillas.

Es necesario provocar la envidia, estimularla, para tener la dicha de escuchar sus plegarias. No ser envidiado es una garantía inequívoca de mediocridad.

Dr. José Ingenieros



Amarou

El nombre de AMAROU—arrullo de paloma—será tan célebre como el de LONGO, TRÓCRITO o SAFO. Bastará pronunciar este nombre aterciopelado para deleitarse con las vivas imágenes de los más bellos transportes del amor.

AMAROU era un poeta indo de la casta de los brahmanes. Se cree que vivió en el siglo VI. Algunos aseguran que fué un rey; otros pretenden que apenas fué un brahman... a lo cual, un tercer partido replica que un brahman podía ser rey.

Los poemas de AMAROU, durante mucho tiempo serán desconocidos. Reposan en esas inmensas bibliotecas que guardan aun los brahmanes. Hacia 1,808, en Cálcuta, uno de ellos publicó cien estrofas del poeta, de las cuales cincuenta fueron traducidas al francés por Apudy. Recientemente, cerca de Hyderabad, se ha descubierto no solo la obra completa de AMAROU, sino también una serie de comenta-

rios—verdaderos contrapuntos líricos—resultados de los trabajos del mismo poeta, de sus discípulos o de sus copistas.

Una leyenda quiere que el alma de AMAROU, antes del nacimiento del poeta, haya ocupado sucesivamente el cuerpo de cien mujeres. Abeja de voluptuosidad, el alma del cantor debió robar a cada una de estas bellezas la esencia de su vida amorosa. Otra fábula menos honorable y más romántica... Un rey llamado AMAROU dejó una viuda joven aun y bella como una apsará. El célebre filósofo SANKHARÁ se enamoró de ella. Este brahman, cuyo poder era grande, tomó la forma del rey AMAROU, y poseyó así su viuda, que se admiró mucho de volver a encontrar vivo a aquel a quien ella había llorado y envuelto en un sudario.

(Del prólogo de *L'Amour Farde*, de Gabriel Boissy).

NOTA.—La traducción de estos bellos párrafos la debemos a la bondad encantadora de Carmen Lira.

De L'AMOUR FARDE, de AMAROU

(INTERPRETACION)

A don Luis Castro Saborío

I

La canción de las flechas

Al cruzar el espacio ¿no escucháis nuestro grito
que es el mismo del viento que azotó con sus ráfagas
el verdor de nuestro árbol, y dejólo marchito,
cuando éramos ramas?

Y al clavarnos al pecho de un inerme vencido
¿no escucháis nuestro grito que es el mismo del hacha
que rasgó nuestra carne con salvaje rugido
cuando éramos ramas?

Y en el rudo carcaj de los bravos guerreros
¿no tembláis de pavor cual las místicas alas
que rodearon confusas nuestros tallos ligeros
cuando éramos ramas?

II

Carta

A la luz de la luna
te escribo mis tristezas. Me llaman amorosas
las cándidas amigas a gozar de las cosas
que colora esa luna;

en tanto yo prefiero mi triste habitación
donde el recuerdo tuyo perfuma el corazón
y arranca de los ojos una lágrima dulce...

Por olvidar mi pena
he mirado al jardín que alegraba la brisa
y a la sombra de l'hoja de un bambú, que imprecisa,
trazó sobre la arena
una lenta palabra que tal vez fue tu nombre...

Arturo García Solano

El beso de la esfinge

Evento premiado con la Medalla de Oro
en los Juegos florales de 1914.

...—Reparad, señor de Salcedo, en que esos rusos no llegan nunca! De buena gana pondría yo alas en los pies de los regimientos del Czar!—repuso Alicia, sacudiendo los rizos castaños que le caían sobre la nuca.

—Los rusos son tardos en movilizarse, pero son recios en el combate. Napoleón decía...

—Iba a interrumpiros; continuad.

—Sí; Bonaparte decía: «al soldado ruso hay que matarlo y... que empujarlo después para que se caiga!»

—Oh! no lo dudo; pero me angustia tanto pensar que los prusianos pueden sitiarse y destruir a París... París no es sólo de los franceses; París es también algo de todo el mundo; algo nuestro; todos tenemos un derecho allí...

—Es verdad, hermosa niña,—dijo en extremo complacido el diplomático.

Hubo un breve silencio.

—Si no me equivoco, habéis estado en Rusia—insinuó Doña Clemencia, la señora de la casa, que seguía con atención el diálogo entre su hija y Don Eugenio de Salcedo.

—Estuve dos años en San Petersburgo, como Secretario de la Embajada. Dos años que no olvidaré nunca.

—Don Eugenio—exclamó Alicia con vivacidad—, contádnos algo de ese país tan frío y lejano, de ese Imperio en donde las mujeres tienen nombres tan lindos: Olga, Vera, Irma, Fedora... Qué dicha llamarse así!

—Las rusas son más bellas que sus nombres; os lo aseguro.

En los ojos garzos de Alicia encendióse una inquieta alegría.

—Tan bellas son?

—Su belleza no tiene rival en el mundo. Cuando en el Bosque de Boloña hay una mujer que arrastra todas las miradas, con seguridad que es una rusa, o que ha nacido en Nápoles.

Unas son esbeltas, ágiles, tienen cutis de nácar, cabellos de oro pálido y ojos de esmeralda. Otras tienen pro-

fusas cabelleras de ébano, el color mate y ojos como los vuestros...

Alicia hizo un mohín adorable, e inclinando un poco el fino busto sobre la mesa, insinuó una súplica:

—Referidnos alguna de vuestras aventuras en aquel país de las estepas misteriosas, en donde, según decís, son tan bravos los hombres y tan bellas las mujeres. Alguna aventura...

—Tienes diez y ocho años y eres más curiosa que una colegiala—interrumpióla Doña Clemencia, en tono de amable reproche.

—Tienes razón, mamá; pero, qué quieres?—replicó Alicia sonriendo—estoy casi cierta de que nuestro amigo ha tenido en Rusia la más original de sus aventuras galantes.. No es así, señor diplomático?

Don Eugenio retorció el sedoso bigote negro y subrayó la respuesta con una sonrisa equívoca de hombre de mundo:

—Y si yo os dijera que no fué en San Petersburgo, ni en Viena, ni en París, en donde tuve el lance más original de mi vida?

—Acaso en Tokio, o en Bombay?

—No acertáis aún.

—Os ruego que lo digáis, porque me muero de curiosidad.

—Pues bien: aquí!

—Aquí?—protestó Alicia, entre sorprendida y contrariada, como si temiera ser objeto de una burla.

—Sí, encantadora Alicia: aquí, en nuestra pequeña capital, en este «santuario de almas»...

Era la hora de la sobremesa. La doncella—una ficha de dominó, con su delantal blanco sobre el trajecito negro—puso el servicio de electroplata y las tacitas de porcelana de Sajonia en que humeaba el café. Sobre el níveo mantel esfumábanse, como los fondos claros de una acuarela, los

reflejos del búcaro azul colmado de crisantemos.

El diplomático encendió un cigarrillo turco, cruzó después una mirada con Doña Clemencia, y, alentado por ella y por el ambiente propicio de aquella discreta intimidad, comenzó a referir la peripecia más original de su vida de salón.

—Hace unos catorce años derrochaba magníficamente mi juventud y la herencia de mi padre. Era fanfarrón y fá-tuo y le hacía el amor a todas las mujeres; tenía vocación para la vagabundería y pensaba dedicarme a la diplomacia...

—Os calumniáis atrocemente, señor de Salcedo.

—Dejad, señora, que, a mi manera, me haga justicia retrospectiva.

Alicia envolvía en una mirada escudriñadora a aquel hombre tan elegante y viril, que cuidaba con igual esmero de sus corbatas y de sus palabras, y le hallaba profundamente simpático. Pero lo que más la atraía era su manera de decir, el timbre de su voz, suave y firme, que parecía que acariciaba y ennoblecía las ideas.

Entre mis amigas de sociedad—reanudó Don Eugenio de Salcedo—había dos que me atraían de diverso, pero irresistible modo. Pasaban meses y no sabía por cuál de ellas decidirme. (No os contrariará que las llame por otro nombre, pues ambas viven todavía). Gladys me atraía por su belleza clásica, de líneas puras. Era una

muchacha de un escepticismo jovial, aficionada a la ironía; suspicaz e impenetrable.

La que he llamado Inés, era fina, espiritual, apasionada, con grandes ojos negros... Y yo me pasaba horas y horas cavilando, sin acertar a decirme.

Ninguna de las dos sospechaba mi interés por la otra, pues era diestro en guardar apariencias y no tenía ne-

cesidad de fingir, porque estaba de veras enamorado de las dos muchachas. Es decir, tan enamorado como puede estarlo un mozo calavera a los veintitrés años.

—Parece inverosímil—dijo Alicia con ingenuo asombro—; cómo es posible amar así, con igual pasión, a dos mujeres tan distintas? Yo, al menos, no podría...

—Las mujeres—intervino Doña Clemencia—somos menos complicadas que los hombres, y cuando amamos de verdad, que es casi siempre,

nos parece que nuestra alma y nuestro corazón y nuestra vida toda son poco para ofrendarlos al objeto amado. Una es así... los hombres... son los hombres, hija mía.

La viuda suavizó sus palabras con un gesto dulce de amargura resignada.

Las miradas de Alicia, en divorcio de su pensamiento, revoloteaban, ora sobre la gardenia del *smoking*, ora sobre el camafeo de la sortija antigua que don Eugenio llevaba en la mano en que sostenía la boquilla de ámbar.

El diplomático continuó:



CAMILO CRUZ SANTOS

—Os aseguro con toda la franqueza de que soy capaz, (y bien sabéis que siempre tengo la sinceridad del momento), que a la sazón amaba, o creía amar, tanto a Gladys como a Inés, y que esa alternativa me tenía perplejo.

Fiel a mi consigna, una noche de baile cortejé disimuladamente a mis dos amigas y bailé con ambas, sin que ninguna tuviera motivo para sospechar mis infidelidades con la otra.

Conocéis esa... ¿cómo diré?... esa tolerancia tácita que se establece en algunos salones de baile después de la una de la madrugada. La rígida etiqueta se humaniza un poco, y, a veces, los novios se atreven a ciertas cosas...

De regreso del comedor, en donde tomamos una copa de champaña, Gladys, Inés y yo, a quienes la casualidad había reunido, nos refugiamos en un gabinete contiguo a uno de los salones, y en un delicioso *tête a tête* empezamos a hacer los inevitables comentarios, a desollar al prójimo... Una franca alegría de vivir dábanos agilidad espiritual y las frases eran chispazos. La orquesta preludió un vals. Nos pusimos de pie, y apenas habíamos dado dos o tres pasos, cuando se apagó la luz eléctrica. Quedar a oscuras y avalanzarse sobre mí y besarme una de las dos compañeras, todo fué uno.

—Un beso!—dijo vivamente Alicia.

—Sí; fue un beso silencioso y rápido, casi un mordisco sensual.

Permanecí algunos segundos como aletado; después oí rumor de voces y de risas en las galerías; ya más dueño de mí, logré encender un fósforo; cuando llegábamos a la puerta del salón volvió la luz.

Ah! nuestro alumbrado eléctrico es célebre; pero el de Madrid no debe serlo menos, porque los saineteros han usado de este recurso que, en realidad, se presta a situaciones cómicas.

—Y después?

—Un caballero se acercó a Gladys para reclamar la pieza inscrita en su *carnet*. Inés bailó conmigo; sin que pudiera advertir el más ligero indicio de que fuera ella quien me había besado.

Al meterme en la cama aquella fa-

mosa noche reconstruí la escena y volví a preguntarme: cuál de las dos fué?

Durante esas horas de insomnio y en las noches siguientes, mi acalorada fantasía formuló todas las hipótesis imaginables y las más peregrinas teorías psicológicas, sin que acertara con la solución del enigma.

Confieso, sin embargo, que tenía como un vago empeño en que la del beso fuera Gladys, por lo mismo que me parecía casi imposible que esa mujer-esfinge me hubiera besado. Decididamente (pensaba), es Gladys; sí, ella. Las mujeres escépticas con mayor facilidad se dejan arrastrar por un capricho momentáneo...

Resolví hacerle una visita. Me recibió con su distinción habitual; pero tan serena e impenetrable como siempre, y fracasaron todas mis tentativas para sorprender alguna remota alusión a lo de aquella noche. Cuando me despedí, lo más tarde posible, tenía la convicción de que Gladys era «inocente», y fuí a ver a la otra, a la «culpable»...

Envalentonado con mi certidumbre y con la semioscuridad del saloncito rosa en donde me recibió Inés, cambié de táctica y encaminéme derecho a mi objetivo. Tras algunas frases triviales, me acerqué más a ella, y le dije brutalmente:

«La amo como no he amado jamás a ninguna otra mujer. Es inútil que usted finja más. Sí, estoy seguro: *tú, tú fuiste la que me besaste aquella noche!*... Nunca he sido besado así; deja que te...» Y traté de besarla. Ella se irguió, indignada, furibunda, y con el gesto de una romana de los buenos tiempos, me señaló la puerta...

Salí. Aquello era atroz. No era ella! La mujer que me había arrojado de aquel modo, no era, no podía ser la que me había besado en el baile. Y la conciencia de mi imbecilidad aumentó mi aturdimiento.

—No era Gladys!

—No era Gladys; tampoco Inés, cuál, entonces? En mi cerebro enardecido se confundían las hipótesis con los hechos; sólo quedaba en pie uno,

positivo, evidente: que una de las dos me había besado aquella noche. Pero... cuál de ellas?

En esto último no he dicho toda la verdad; porque hubo momentos en que empecé a dudar de si habría sido víctima de una alucinación. Entonces cerraba los ojos y volvía a reconstruir por centésima vez la escena... No, no, aquello no había sido una ilusión! Era algo real, algo que al morder mis labios sacudió violentamente mis nervios.

El narrador hizo una ligera pausa, y concluyó:

—Poco tiempo después me fuí a Europa, sin que me hubiera sido dado despejar la incógnita. Todavía hoy me pregunto: la del beso fué Gladys, o Inés?...

Doña Clemencia torturaba el magín para resolver el enigma; sin atreverse a decir su opinión. Alicia sí; no pudo

dominarse y prorrumpió con mucha travesura:

—Qué caso tan curioso y qué a propósito para escribir un folletín!... Se me ocurre un desenlace:

«Entonces Don Eugenio de Salcedo, decepcionado ante aquel jeroglífico, tomó por testigos a todos los dioses de que sólo se casaría con la mujer que le había dado aquel beso... Y ha cumplido su juramento!»

Qué tal?...

El diplomático sonrió con infinita ternura a Alicia y la dijo, con el ademán de quien toma una decisión suprema:

—No está bien ese final, porque el protagonista va a quebrantar su juramento...

La viuda también sonreía; era el suyo un benévolo sonreír de futura suegra pacífica...

Camilo Cruz Santos

El gallo

Es un bizarro paladín: sonoro
su canto anuncia el despertar del día;
en su pecho, vibrante de osadía,
de gemas fulge singular tesoro.

Penacho rojo y espolín de oro
denotan su elevada jerarquía;
nada puede humillar su valentía,
su fiero orgullo y su marcial decoro.

Entre su corte femenil descuella;
cuán inquieto y nervioso se adelanta
si del rival presiente la querella!

Y donde imprime la segura planta
como signo imperial deja una estrella
mientras vibra el clarín de su garganta!

Alfredo Gómez Jaime
(Colombiano)

Lidy

Noche de plenilunio

El gentil don Luis, venerable octogenario de cabellos rojos, jorobado como Scarrón y cojo como Walter Scott, se internó en los jardines de su palacio. Jardines hermosísimos cuajados de lagos fosforescentes; lagos divinos, sembrados de islitas risueñas; islitas salpicadas de exóticas parásitas con botones de varios y delicados colores. Jardines luminosos ornados de pintados kioscos; clásicas estatuas; rosales policromos; árboles umbríos, cargados de frutas; árboles poblados de arrulladoras aves con plumas de fuego y de oro.

En el cielo, entre claridades, la luna.

Don Luis, con los brazos a la espalda, silencioso, miraba con ojos escrutadores ojos la sombra vacilante que proyectaba su cuerpo deforme en el sendero blanco.

El buen anciano soliloqueaba:

—Mi nietecita tiene los encantos de un pensil florecido. Es fresca cual una palmera en flor. Las guedejas de su cabellera son rubias como los retoños del níspero. Tiene en su faz el subido matiz de un manojo de rosas al sol. Las húmedas esmeraldas de sus ojos poseen la diáfana inquietud de las gotas de rocío bajo un cielo autumnal y sus manecitas de una suavidad de musgo, el blancor immaculado del jazmín.

En la iglesia vecina las campanas parlaban clara y dulcemente.

Dijérase que el sacristán tañía con badajos de plata, vasos de cristal...

El venerable octogenario se arrojó.

Don Luis de hinojos; las manos juntas como dos pétalos de azahar; pleno de mansedumbre y unción, oraba beatíficamente en los jardines de su palacio.

Jardines hermosísimos, cuajados de lagos fosforescentes; lagos divinos, sembrados de islitas risueñas; islitas

salpicadas de exóticas parásitas con botones de varios y delicados colores.

Luego la nietecita.

Lidy apareció entre el follaje. Triunfante como una Diosa Griega. Fogosa como una inglesa núbil.

Cohibida, empujados los pies, se llegó al abuelito. Con amor columbino cubrió con sus manos de abadesa los ojos entornados del viejecito.

—Quién me interrumpes?—dijo infantilmente don Luis.

—Lidy;—le contestó su nietecita, mientras colocaba en los labios del anciano uvas maduras, esferitas de ónix y fresas dulces como la miel de Himeto.

—Abuelito, por qué al repicar las campanas de la iglesia, prosternado ante el muelle y lozano altar de este paraje rezas con santa devoción?—preguntóle Lidy.

—Eso,—interrumpió don Luis acariciando el flexible tallo de su virgencita, como se extasiaba Miguel Ángel acariciando las curvas primorosas de las estatuas de Belvedero, —es una breve historia que voy a narraros.

Creación murillesca.

Lidy, recostada indolentemente a un acopio de piedras, revestidas de musgo, se mesaba el cabello.

—Murio mi madrecita—prunció don Luis—en una gélida tarde de invierno. Nevaba. Su féretro, concha de rosas, iba camino del templo.

Los árboles cubiertos de armiño y las yermas casas con derruidas barandas y desmayadas enredaderas, daban inusitada melancolía al fúnebre cortejo.

En la casa de Dios.

Su albo ataúd realzado con cintas negras, semejava un trozo de nieve cruzado de sombras...

El apagado fru-fru de los trajes femeninos; el aroma enervante de los incensarios; el llanto blanco de los candelabros que goteaban en las arandelas y el luto y la palidez de los circunstancias llenaron mi alma de inenarrable desesperación.

Súbitamente.

Las campanas al hender el aire con sus lentas sonoridades derramaron bálsamo inefable sobre mi herido corazón. Una mano impalpable, mística, enjugó el torrente de mis mejillas. Lágrimas quemantes, lágrimas de huérfano...

—Desde entonces, Lidy, —prosiguió lánguidamente don Luis, —al escuchar los litúrgicos gorjeos de las campanas, célio concierto, invoco de hinojos al Señor, el consuelo y amparo de los dimergidos y menesterosos.

Don Luis y Lidy, cogidos del brazo, mohinos, alejaronse de la espesura.

La cabeza de ella reclinada en el pecho de él. Vulcano junto a Venus.

Manos decrepitas y rugosas, ojos nazarenos y rostro compungido entre manos claustrales, impolutas; cabellos lucientes, adorables; frente tersa, cleopatrina; ojos de Minerva, paradisfacos; boca de hada, lirio de carne, astro en flor; cuello níveo, real, y busto esbelto, armonioso, escultural. Una princesita de Lieven en brazos de un eremita.

Efusivamente unidos perdiéronse en los jardines del palacio.

Jardines luminosos, ornados de pintados kioskos; clásicas estatuas; rosales polícromos; árboles umbríos, cargados de frutas; árboles poblados de arrulladoras aves con plumas de fuego y de oro.

El buen anciano soliloqueaba:
—Minietecita...

En uno de los lagos bogaban Lidy y don Luis. No se oían sino golpes de remos y melfluos cantos de mujer. Pensad en la belleza de los cuentos orientales.

Mudanza...!

Por causa inexplicable y fatal el barco naufragó aceleradamente en el abismo insondable. Despertar de ánades y silbidos de auras, estremecimientos de frondas y aciajos revoloteos de pájaros.

Lidy murió como el cisne... cantando.

Un bulto fantasmal apareció en

el seno de las aguas alcanzando glorioso las márgenes salvadoras. Era el gentil don Luis.

A poco.

El alba surgió en el Oriente borrando las sombras y estrellas de la noche. Los aulicos y cortesanos hallaron a su señor y dueño a horcajadas en un limonero esparciendo florecillas sobre la pálida muertecita que flotaba en las ondas sonoras. El pobre viejo estaba loco.



CARLOS JINESTA

Así terminó el idilio de dos almas hermosas. En una catástrofe acaecida en los jardines de don Luis.

Jardines hermosísimos cuajados de lagos fosforescentes; lagos divinos, sembrados de islitas risueñas; islitas salpicadas de exóticas parásitas con botones de varios y delicados colores. Jardines luminosos ornados de pinta-

dos kioskos; clásicas estatuas; rosales políferos; árboles umbríos, cargados de frutas; árboles poblados de arrulladoras aves con plumas de fuego y de oro.

Carlos Jinesta

Setiembre 1º de 1914.

COSTA RICA PINTOESCA

Los dos titanes

Contemplando la Barra del Colorado,
Provincia de Limón.

Desde la arenosa punta
que los tiempos han formado
se contempla al Colorado
cuando al Caribe se junta.

De allí se admira el torneo
grandioso de los titanes
que aplauden los huracanes
con ruidoso clamoreo.

De mercurio una serpiente
finge el majestuoso río,
que se avalanza bravío
contra el coloso insolente.

Las olas de enorme talla
con sus coronas de bruma
se deshacen en espuma
al expirar en la playa.

Y mil iris caprichosos
se forman de cada tumbo,
y se sucede el retumbo
al choque de los colosos.

Y en el dombo de cada ola
que surca la mar salada,
se adivina una cascada
ceñida por una aureola.

El rayo en el firmamento
finge su rúbrica extraña
que reproduce la entraña
del cristalino elemento.

La tarde de oro y topacio
se incendia al morir el sol,
y el carmín del arrebol
se extingue por el espacio.

Huyendo a la tempestad
en la nave de sus plumas,
las garzas rompen las brumas
y surcan la inmensidad.

La noche extiende su manta
de lóbreguez y mutismo
sobre la faz del abismo
mientras la sirena canta.

Pasan las edades, pasan
y en su lucha, imperturbables,
los dos monstruos formidables
se confunden y rechazan.

Y mientras dura el torneo
en que no vence ninguno,
está cavando Neptuno
el sepulcro de Briareo!

Miguel González Soto

(Güajufeñense)

La gloria de Cervantes

Alrededor de la gloria de un grande hombre se agrupan los pueblos en su propio solar y más tarde todas las unidades de una misma raza que hablan una misma lengua.

Los italianos, alrededor del nombre de Dante; los alemanes, al lado de Goethe, y los españoles de la Península, como sus descendientes de América, alrededor de la gloria imperecedera de Cervantes. Se ha dicho que si los ingleses tuvieran que optar entre la pérdida de las inmensas colonias británicas y la declaración de que el autor de Hamlet no era inglés, preferían lo primero. Los españoles, aunque en el fondo sean menos idealistas, en el doble sentido del vocablo, que los hijos de la orgullosa Albión, quizá habrían procedido del mismo modo si se les hubiera puesto en el caso de escoger entre Cervantes y Cuba. Con todo, cuando acaeció el desastre de Santiago y de Cavite, el pueblo de algunas de las ciudades españolas lapidó las estatuas de Colón y de Don Quijote, achacando a estos héroes, representativos de las mayores hazañas de la Península, las desgracias de la nación, ubérrima e ingente, que descubrió y pobló un vasto mundo, y que en el noble Hidalgo de la Mancha creó el más generoso de los hombres.

El pueblo español procedió en aquella ocasión por tal modo, sin tener noticia de que el ceñudo filósofo Hipólito Taine hubiera dicho que los dos hombres nefastos para España habían sido Colón y Don Quijote. Sin el primero, la patria española no se habría despoblado creando con la sangre de sus entrañas otras naciones; sin Don Quijote los españoles—a lo menos así lo han creído algunos de ellos—no habrían sido la nación pendenciera que dispó sus fuerzas en Flandes y en Sicilia, en Pavía y en Lepanto, porque antes de Lepanto y de Pavía ya en el alma ibérica se hallaba viviente y solemne el espíritu quijotesco. Pero en opinión de Taine, si no me

engaño, Don Quijote ha sido nefasto para los peninsulares porque, rehuendo al parecerse al paladín cervantesco, por la faz de ridículo que puede tener, hacen ahora lo posible por evitar la semejanza con el héroe manchego, de lo cual resulta que ya no aman el espíritu de sacrificio. Miguel de Cervantes, al encarnar en actitud de sublimes andanzas a su héroe, dióle forma admirable al Don Quijote que existía en el alma de cada caballero español. El Cid es el antecesor del hidalgo manchego. Cervantes se concretó a presentar al adalid de la Gesta bajo la forma de la más reidora locura y de la ironía más deliciosa.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha es un libro inmortal, no sólo porque sus dos héroes son el retrato en caricatura, de todos los impulsos plebeyos de la especie humana, sino porque el lenguaje de Cervantes, a semejanza de los grandes ríos del Trópico, es límpido hasta reflejar el cielo en las mañanas serenas; turbio y revuelto en las horas de tempestad. Conduce en sus aguas naves orgullosas y graciosas piraguas; sonrío con la aurora; se entenebrece con la noche; hace descollar en sus orillas el cedro de ramaje suntuoso y erguirse las florrecillas llenas de gracia; en sus ondas se mezcla el arroyo que baja en cristales desde las altas cimas y el poderoso afluente portador de los restos del batallar de las selvas milenarias. Ese río tiene su manantial en encumbradas alturas; desciende luego a valles apacibles; alegre en su curso ciudades y aldeas y, preñado de fuerzas, después de descubrir curvas estupendas y como ansioso de convertirse en un mar callado, se llega al Océano y le impone el dulzor de sus aguas a las salobres ondas.

El Océano es el tiempo y el estilo de Cervantes el río del idioma.

Max Grillo

(Colombiano).

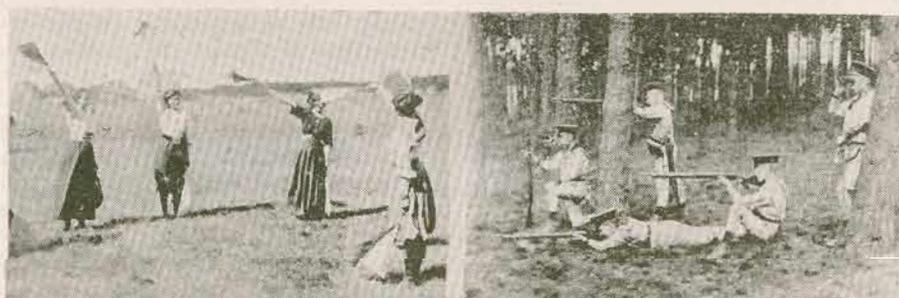
MUCHACHOS QUE AYUDAN EN LA GUERRA EUROPEA



Muchachos belgas que sirven de mandaderos en Bruselas. * Muchachos belgas de centinelas de avanzada. * Muchachos ingleses trabajando en municiones de guerra.



Muchacho serbio, de 12 años de edad, que ha peleado valerosamente en Belgrado, desde el principio de la guerra con los austriacos y en las últimas acciones.



Muchachas escolares campesinas de Alemania ensayando señales del ejército. * Niños escolares de Alemania haciendo ejercicios de tiro con el modelo 88



VON MOLTKE

General de Infantería. Jefe del Estado Mayor del Ejército Alemán.
Ha perdido su posición, según los cables últimos.

La Moral del Pensamiento ¹

Nuestra dignidad consiste en el pensamiento. Procuremos, pues, pensar bien. He aquí el principio de la Moral.

BLAS PASCUAL

Al coexistir el instinto de asociación en el alma de los pueblos como fuerza inmanente de evolución continua; en hondo consorcio con una larga generación de hábitos, y tomando como factor de vitalidad innegable la ley positiva de herencia de caracteres adquiridos, las filosofías de todos los tiempos, sutilizando conceptos y concretando tendencias, han formulado bajo la denominación de sentimiento moral, ese conjunto de actos que en cooperación armónica han hecho posible un mayor desarrollo en la existencia individual.

Larga elaboración de siglos en la marcha progresiva de la sociedad humana, necesitó el hombre—armonizando con el medio y con la raza—para unir al imperioso impulso del progreso la norma de sus actos morales. Esta norma que las religiones subordinan a una fuerza sutil y poderosa que obra como principio activo e interno, y que se exterioriza marcando el molde de los actos humanos, al denominarle voz de la conciencia—en el campo del espiritualismo—ha habido más que un motivo hondo y real de analogía: se ha formulado en exponente claro ese grito perpetuo que alarma al hombre en la intimidad de una incorrección.

La naturaleza—en el rito constante de sus leyes, al imprimir al hombre sus firmes caracteres, como factor de evolución—ha prefijado el carácter de orden, de ritmo y de armonía en su alma; y concretándolos bajo el amplio nombre de Moral, los ha elevado como finalidad en su marcha hacia los grandes objetivos. Por otra parte, las altas

necesidades que esta naturaleza impone al definir su geometría en lo humano,—han determinado en la vida colectiva—oscilando entre el bien y el mal, entre el ideal estético y lo grosero de las formas, han determinado una evolución gradual y paulatina del concepto moral. El conjunto de fuerzas que en la formación de dicho concepto han obrado—vistas en su desarrollo evolutivo y estudiadas en sus consecuencias—han constituido la ciencia Ética.

Observemos, al separarnos de esta primera idea, que el sentido moral—como criterio regulador de la conducta—ha crecido paralelo al criterio de apreciación colectiva de la época; apreciación que individualizando depende de la mayor o menor riqueza moral.



Sobre un acervo de cultura, sobre el soporte de una actitud innata y a la vista de una mayor o menor sensibilidad en el alma humana—la escuela evolucionista—ha prefijado la ciencia Moral, y ha subordinado sus leyes, en su desarrollo a través de los tiempos, a la ley común de evolución. El hombre en esta esfera de acción,—es cuando replegando el alma, en su apreciación alta de la verdad,—ha sentido el claro martilleo de una fuerza que lo arrastra hacia el bien, de una fuerza que la aristocrática concepción de Kant ha denominado en Imperativo Categórico. La obra maestra, las finalidades más sublimes, se han inspirado en una concepción honda de la verdad: la Moral, la verdad del corazón—como la ha llamado Madame Swetchine—que vive esta vida real, sigue este mismo señuelo: Vivir el Arte—con-

¹ Fragmento de una conferencia que dió su autor en el «Centro Ariel» el 10 de setiembre del presente año.

templación de verdad y de pureza—ha sido siempre vivir una Moral sublime.

* * *

En la compleja formación del sentimiento moral—que a la contemplación vulgar es simple transformación de instintos en realidad de acto humano—la concepción estética—desde un punto de vista un tanto metafísico, señala en el índice de sus intensidades el grado de desarrollo de este sentimiento moral. De aquí que la clara sensación de él—como regulador armónico de las cosas—señale un grado de intimidad marcado con la clara visión de la belleza: la Moral es, pues,—desde un punto de vista un tanto idealista—la realización del sentimiento de lo bueno y de lo bello en los actos humanos. Si al hablar del Arte se ha dicho con autoridad que es el presentimiento de un estado superior, con tanta más razón podría decirse que la Moral es el presentimiento de un estado divino, en la esfera de lo bueno y de lo bello.

Al exclamar Camille Pert, una obra artística es más moralizadora que un largo sermón de Moral, si éste está mal dicho, abrió a la luz una gran verdad: Rafael, ese «Homero de la pintura», dando vida a su Transfiguración, desarrolló en el libro de la conciencia universal, trazó en el discernimiento de los hombres un derrotero nuevo en la marcha hacia el ideal de moralidad; modeló, en fin, en el alma de sus predecesores la belleza de una Moral de líneas netas y firmes.

La suerte de los hombres no reside en la inteligencia, reside en la sensibilidad—ha dicho un pensador y a fe que tiene razón: dadme un hombre sensible y os presentaré un hombre bueno; dadme un hombre insensible—hasta en su mínima medida—y os presentaré un amor, la iniciación de un delincuente, de un inadaptable.

La psicología moderna, al discernir sobre el campo del Pensamiento—en el estudio metódico de sus leyes—envuelve en su esfera de acción el Sentimiento, la Voluntad y la Inteligencia.

El Sentimiento—que a la contemplación superficial parece divorciarse de la Inteligencia y la Voluntad, y que por ese motivo se olvida a menudo en el análisis y desenvolvimiento de la Personalidad—debe constituir el objetivo primordial de estudio de la Pedagogía moderna, y el campo que la juventud debe abonar con mayor esmero. Despertar, hacer renacer, crear Sensaciones y Emociones: he aquí la tarea del hombre ávido de evolución.

«Dijérase en verdad que la belleza es el alimento único de nuestra alma, la busca en todas partes, y aun en la vida más baja no muere de hambre». Es que no hay belleza que pase por completo desapercibida».—Argumenta de este modo Maeterlinck, y con razón.

Vivir de belleza es la finalidad del hombre espiritual: aprender a vivir la belleza debe ser el aprendizaje del hombre espiritual. Aprender a vivir la belleza os asevero porque no solamente la filosofía de una sonrisa es bella, no sólo una palabra de amor es bella: el dolor también es bello: amor es dolor.

En llegando aquí al recapitular en mi mente las ideas expuestas, en la finalidad que eleva los recuerdos—sólo aparece el Hombre como ser sensible, el Hombre como ser pensante. Sólo como Pensador es el Hombre realmente Hombre—ha dicho Annie Besant; sólo como Pensador activo, he de agregar. Debemos observar que al ser arrastrados por la evolución de las cosas, por esa fuerza de vida, hemos de accionar con ella. El Arte, la Estética, la Inteligencia, la Voluntad, son entidades vivientes; debemos, pues, vivirlas.

Venga mejor la prosa galana de Renán a aclarar este concepto final: En la Moral, así como en el Arte, el hablar no conduce a nada; el obrar conduce a todo. La idea que se oculta bajo un cuadro de Rafael, significa muy poco; el valor está en el cuadro. Lo mismo sucede en la Moral; la verdad no tiene realce hasta que no pasa al estado de Sentimiento, y no adquiere todo su brillo sino cuando se realiza

en el mundo como hecho. Hombres de mediana moralidad han escrito hermosas máximas; de igual manera ha habido hombres muy virtuosos que no han hecho nada por continuar en el mundo la tradición de la virtud. El lauro pertenece, pues, al que ha sido poderoso en palabras y en obras, al que, sintiendo el bien le hizo triunfar sellándolo con su sangre. Jesús no tiene rival bajo este punto de vista; su gloria permanece entera y será renovada constantemente».

Apartémonos del estudio de esta finalidad ideal, y determinemos el móvil, el campo en el que han de levantarse nuestras fórmulas estéticas, nuestros hábitos comunes, las conclusiones de nuestra conciencia, la norma de nuestra moral.

«Nunca el ojo hubiera visto el sol, si primero no hubiese tomado la forma del sol; así el alma no verá la be-

lleza, si primero no es bella a su vez, y todo hombre empezará por hacerse bello, para obtener la vista de lo bello y de lo divino». Estas líneas llenas de vida intensa que Plotino, «el místico pagano», formula, vienen a llenar con expresión bien dicha mi pensamiento ingenuo, pero difícil de expresar. En otra página, allá la Biblia nos dice: «Del mismo modo que el hombre piensa así es él»; y las Escrituras Indias señalan: «El hombre es creado por el pensamiento y tal como piense eso mismo viene a ser».

Observemos, pues, que sobre el acervo de la cultura y la moral acciona el Pensamiento, para modelar—en conjunto homogéneo—el sello de la Personalidad, el Carácter. Pensad hondo, pensad bien y trajinaréis noblemente los campos de vuestro ideal.

Víctor M. Cañas

BELLEZAS DE ALAJUELA



Srtas. Mercedes Ruíz F. y Angela Jiménez S.

<p style="text-align: center;">Mercedes</p> <p>Rubia, como el sol que llena de oro, la yerta laguna: parece un rayo de luna transformado en azucena.</p>	<p style="text-align: center;">Angela</p> <p>Himnos de luz en las pupilas lleva, en sus labios, rubores de amapola: sus ojos son dos noches pensativas, y sus labios dos pétalos de rosa.</p>
---	--

Una distinción

Nuestra colaboradora, la señorita Angela Baldares, ha recibido la siguiente honrosísima carta del conocido filólogo español don Julio Cejador y Frauca:

«Madrid, 7 Agosto 1914.

Srta. Angela Baldares

S. José de Costa Rica

Mi distinguida Srta:

He saboreado el trabajo¹ que ha tenido V. la bondad de remitirme y le felicito sinceramente por lo a conciencia que lo ha hecho, el sano criterio y

excelente método analítico que en él campea. Veo que va habiendo buenos trabajadores, serios y a la moderna por América y todos debemos ir a una para que las letras castellanas entren de lleno por el cauce de la ciencia moderna. Me honra V. citándome repetidamente en su trabajo y por ello le quedo en particular agradecido.

De V. muy atento servidor

q. b. s. p.,

JULIO CEJADOR

La felicitamos cordialmente, y que ello sea motivo poderoso de estímulo en sus trabajos.

Cantan las gotas

¿Sabéis lo que las gotas cristalinas dicen al resbalar sobre las ruínas?

Dicen así:

Sutiles y pequeñas
somos. Hasta el insecto nos escancia;
pero rompemos las rugosas peñas
con nuestro golpe: somos la Constancia!

La gota multiforme que revienta
entre el ronco rumor de la tormenta,
dice así:

Soy pequeña como el lloro
de un niño a quien la madre no consiente;
pero me da el arco iris su tesoro
de color: Soy el Genio omnipotente!

¿Sabéis lo que, al hervir en la caldera,
dicen las gotas de agua prisionera?

Dicen así:

Con nuestra fiebre extraña,
vamos en la triunfal locomotora
que atraviesa la entraña

del peñasco y la fúnebre montaña:
nuestra madre es la Fuerza redentora!

Las olas del frenético oleaje
dicen así con cólera salvaje:

Juntas todas, regamos el florido
valle, o formamos el audaz turbión
que destruye el bajel más atrevido
y lo deja en escombros convertido:
Somos el santo emblema de la unión!

Esto dicen las gotas de la ermita
al formar la irisada estalactita:

Somos lujo de alcázar misterioso
donde agita Natura su estandarte
en medio del silencio y el reposo:
Somos la flor aerófona del arte!

Las gotas silenciosas de mis ojos
murmuran al rodar sobre despojos:

Nacimos al calor de la Ternura,
lejos de las caricias de la Calma
y de la protección de la Ventura:
Somos las perlas tímidas del alma!

Víctor Julio Corredor

¹ Refiérese al trabajo sobre el lenguaje de Aquileo.

INFORMACION GRAFICA DE LA GUERRA EUROPEA



Funerales en honor de los guardias civiles que perdieron la vida defendiendo Ostende de una invasión de hulanos, pocos días después de que los alemanes ocuparon Bruselas.



Cuerpo de ejército inglés, en marcha a los campos de batalla, que lleva de jefe un oficial que perdió el brazo en la guerra del Transvaal



BARON VON BETHMAN HOLLWEG — CANCELLER DE ALEMANIA



Destrozos causados en Bruselas por las bombas que arrojó un zeppelin.
El Palacio del Rey Alberto se halla a 100 yardas de distancia del edificio dañado, en el cual se declaró un violento incendio, activamente extinguido por los bomberos.

Feliz ignorancia

No con tanta honra, pero sí con el firme propósito de Cide Hamete Benengeli había yo, por miedo de la censura heterodoxa, que es tan implacable como la censura eclesiástica, colgado de la espetera mi pluma con el firme propósito de dejarla allí eternamente, pero resultó mi propósito tan flaco y desmedrado como el de ciertos políticos que se dejan dominar por el fisco así como yo por el hábito. Visto está que el fisco y el hábito son dos tentaciones que quiebran los más firmes propósitos. Para mí, ver a don Anatocles Bustamante fué como para los políticos ver el presupuesto; porque, francamente, don Anatocles es una tentación tan tremenda para un escritor, como una curul para un político.

No podía yo saber en que consistía la felicidad de aquel hombre que sin ir a bailes, ni a teatros, ni a giras campestres, ni al polo, ni al *foot ball*, ni al *cricket*, ni al *tennis*, ni a nada de todo eso que constituye los deportes y las alegrías de la vida, vive hecho un pozo de satisfacción y de risa, pero más sosegado y tranquilo que un pozo de Almarcha. Si habrá hallado, pensaba yo, este prójimo que no molesta a nadie, la piedra filosofal de la dicha, muchísimo más venturosa y de más transcendencia que aquella otra que llevó a José Bálsamo hasta el crimen de asesinar a Lorenza Feliciani, en busca de las gotas de sangre virgen que había menester para la fabricación de la materia a donde van a parar, en la alquitara de la vida, todos los sistemas, todas las doctrinas, todos los patriotismos y todos los fingimientos humanos, con la excepción de los que vemos por encima del oro la beldad de la ética; porque como decía Montaigne, «*on trafique de toutes les actions humaines et de toutes les vertus morales*».

Basta hacer un recuerdo somero de la vida de don Anatocles para ver que

los elementos de felicidad con que cuenta son de lo más insignificante y baladí que puede darse. Tiene una tiendecita de ultramarinos en la calle del Atisbadero, que era, y es todavía, una de las calles más sucias y estrechas del lugar. ¡Que casuchas tan miserables y que gentes tan ruines las que habitan allí! A la humildad de esa calle no ha llegado, ni llegará nunca, la carretada de piedras con que el ingeniero distrital, rellena a veces, por hacer algo, los baches de los barrios altos. Tiene esa calle la tristeza de los cementerios con la diferencia de que para el Atisbadero, no hay las preces de Noviembre. Nadie se ha acordado de rezar por ella en el Concejo. Desde allí comienza el contraste de don Anatocles, porque seguramente es grande el de vivir alegre en semejante calle. Aquello es parallorar y no para reír y don Anatocles no deja caer los labios sobre los dientes.

Además de la tienda, que es lo más pingüe de sus bienes, tiene una mujer sin hijos, con quien lleva una luna de miel de cuarenta años. Se quieren los dos con el entusiasmo delirante del primer mes, y la cosa es de una espiritualidad encantadora, porque ambos, particularmente ella, han llegado al momento de la fealdad. El que oye a don Anatocles hablar de Paquita, que tal es el nombre de su esposa, piensa en la Venus de Milo, por lo menos, a juzgar por la miel de las palabras, la ternura de los conceptos y la risa de los labios, que dejan ver entonces hasta la raíz de las encías. La tienda queda en el cuarto del zaguán de la casa, rota con dos puertas, de las cuales da la una acceso al mostrador y la otra al interior. Por ésta se cuele doña Paquita a cada paso con cualquier estulticia: ya con la de un mandado; cuando con una colación; ora con algún encargo y siempre con un requiebro al que don Anatocles responde precisamente aca-

riciándole el pellejo de la barba, que tiene más pliegues que el percal del cielo raso de la cama donde hace cuarenta años que duermen juntos con ligeros intervalos que recuerdan ellos soplando el fuelle de los suspiros. Esas noches de aislamientos son los puntos negros de su vida de casados. Se desquitan de la infelicidad de esas horas, multiplicando los abrazos perdidos y mojándolos en lágrimas copiosas. Y fuera de esto de la separación del lecho, todo lo demás es para ellos un motivo de felicidad, todo, hasta la muerte del rocín de Paquita. Vale más que se haya muerto, le decía don Anatocles a su esposa. La felicidad de esa muerte consistía en la indemnidad de

Paquita; porque, según las conjeturas de don Anatocles, el caballo iba aflojando con los años y bien pudo en un traspí dar el traste con su esposa.

A la seis, después del regreso de la misa es el desayuno; a las nueve el almuerzo; el *algo* a las once; a las dos, la comida; a las cinco, la merienda; a las seis el rosario, y a los siete están el uno en brazos del otro, durmiendo a pierna suelta. Y toda la tranquilidad de este sueño y toda la felicidad de aquella vida, se la deben a una ignorancia: don Anatocles y Paquita ignoran que hay Asambleas y Congresos.

Gaspar Chaverra



GENOVA.—Castillo De Albertis, en las alturas.

Los "preludios" de la guerra

Los grandes acontecimientos históricos no surgen de momento. Obedecen a una lenta evolución traicionada de tarde en tarde por hechos aislados, pequeños en importancia, al parecer, pero que son los «preludios» de lo que vendrá después. Lo vimos en todas las revoluciones que impusieron el criterio democrático. Lo hemos visto también ahora, cuando las naciones europeas se ven complicadas en un magno problema cuya solución variará, probablemente, el mapa político del antiguo continente...

El público sabe que Alemania venía reforzando su organización militar, lo mismo que Francia. En Alsacia y Lorena (las dos provincias que arrebató el germano al galo, en la famosa guerra de 1870) no ha muerto, a través de los años, el fervor patriótico de los ciudadanos que no olvidan a Francia. Constantemente en conversaciones, artículos, libros y dibujos, se veía palpitar el odio del francés que anhelaba *la revanche*, como dicen ellos. Alsacianos y loreneses, olvidan el origen germánico, de sus provincias, y exal-

tan el amor a Francia. Ellos son franceses. No importa el origen territorial y hasta étnico, cuando los pueblos se funden en otros. Y así constatemente



EL PROFESOR KNATSCHKE. — Nosotros no podemos enseñar el francés: 1º, por razones pedagógicas. 2º, por razones nacionales. 3º, porque no lo sabemos.

Este dibujo, que forma parte de la serie publicada por Hansi, para satirizar a los grotescos pangermanistas de Alsacia, motivó la protesta del director del Liceo de Colmar, el Dr. Gnesle, que se sintió aludido por el satírico humorista.



Hansi acompañado del abate Wetterlé, fervoroso nacionalista alsaciano.

(Silueta dibujada por Hansi).

sabíamos de hombres y mujeres que hacían, en silencio, un gesto hostil a Alemania.

Entre esos individuos exaltados figuraba, y figura, Hansi, el notable humorista alsaciano, que no ha aceptado de Alemania más que una cosa: la técnica sencilla que vemos en sus admirables dibujos. En ellos ha satirizado constantemente a Alemania, al igual que Zislin, otro notable humorista. Hansi es un notable defensor del nacionalismo y constantemente ha satirizado a los dueños actuales de su provincia. Es notable, intenso por el dibujo y la ironía de sus álbumes titulados *Vogesenbilder* y *Haut Koenigs-*

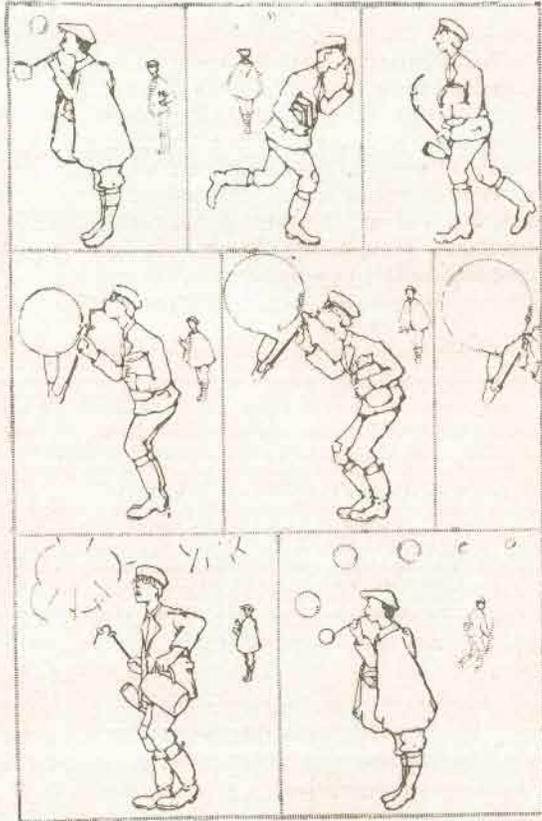
bourg. ¿Quién no recuerda su admirable historia del profesor Knatschke? Un maestro alemán se sintió aludido y hubo lugar a un proceso, como ha sucedido recientemente, antes de estallar la guerra, con su album titulado *Mon Village*. Es este el proceso original de una nación que se querella contra un humorista demoledor y sangriento como las lanzas de los hulanos. El tribunal que juzgó a Hansi, resolvió condenarlo a un año de prisión. Pero el humorista logró traspasar la frontera y presentarse en París solicitando la ciudadanía francesa. El hecho es reciente. Pocos días después estalló la guerra. Decimos que estalló... y la guerra ya existía silenciosa. Este humorista era uno de los beligerantes más decididos. Su proceso ha sido uno de los más interesantes *preludios* de la actual guerra europea.

El caso de Hansi ha sido muy comentado en Francia. Es simpática la actitud de este humorista que ha hecho de su arte un elemento de combate contra Alemania. Casi puede decirse que toda la obra de este humorista está encaminada a levantar el espíritu de sus compatriotas y mantener viva, en el alma de ellos, el odio a la Alemania conquistadora. Tiene este humorista un bibujo célebre en donde presenta a los diversos tipos que componen el pueblo alemán. Es un dibujo mordaz, en donde el humorista ha *vaciado* toda su ironía, toda su acre intención. Debajo se lee esta frase: «...y Alemania será siempre el pueblo de los señores de la tierra».

La frase tomada por el humorista para leyenda de este dibujo, pertenece al drama de Lienhard, *Gottfried von Strassburg*. Observando el dibujo, se comprende la ironía que ha puesto el humorista. Porque las actitudes de

los individuos, sus gestos, sus trajes, obligan a sonreír y pensar.

Hansi ha creído siempre en la necesidad de mantener en Alsacia un fervoroso nacionalismo. En este bello empeño, le acompaña el abate Wet-



Este intencionado dibujo de Hansi es una sátira contra los alemanes con motivo de la aviación: —El niño francés (Francia), lanza al espacio bellas pompas de jabón. Lo observa otro niño alemán (Alemania), y quiere imitarlo. El alemán sopla fuertemente más y más, hasta que revienta la pompa de jabón. Mientras tanto el francesito, sonriente prosigue triunfando en el espacio con sus simpáticas pompas de jabón.

terlé. Tenaz y agresivo, Hansi ha soñado constantemente con esta guerra *ideal* en la cual, acaso puedan reconquistar los franceses, las dos provincias perdidas. Todo eso nos lo ha dicho en dibujos admirables, en donde impera francamente la factura germana, complicada con la gráfica, nerviosa, menuda, que ha caracterizado siempre, hasta que apareció *Casan*

d' Ache, la técnica de los dibujantes humorísticos en Francia. No ha cultivado casi nunca la caricatura sino la fantasía y la sátira, géneros que completan, con la parodia, el arte humorístico. Lo que otros han hecho en artículos y en libros, él lo ha realizado con su arte sugestivo y preciso en la intención.

Los alemanes, ven, con razón, en este humorista, un elemento ofensivo. Quieren acabar con sátiras molestas que, además, van formando y encauzando el espíritu de los alsacianos ya de por sí, enemigos de Alemania. El lector pensará que Hansi debía residir en París. Mas, el lector, acaso ignore que los alsacianos y loreneses, no quie-

ren abandonar a sus respectivas provincias, porque piensan que la lenta retirada de ellos, equivaldría a entregar esas provincias a los alemanes. Es necesario permanecer allí combatiendo a su enemigo dentro de su territorio. De padres a hijo se repiten las leyendas patrióticas: hace muchos años existió una joven telegrafista, provista de un aparato, mediante el cual podía tomar los partes alemanes y transmitirlos a París; recientemente fué hecho prisionero un doctor que quería depositar microbios del cólera en el acueducto cercano a donde estaba destinado un grueso destacamento del ejército alemán. Y así, lentamente, el fervor patriótico ha formado una tradición...

Al niño

Cuando te traigo juguetes de color, hijo mío, comprendo por qué existe semejante riqueza de colores en las nubes y por qué las flores se encuentran recamadas de tan ricos matices—cuando te regalo con juguetes de color, hijo mío.

Cuando canto para que tú dances, sé verdaderamente por qué hay música bajo los frondajes; y por qué las ondas hacen resonar el coro de sus voces hasta el seno de la tierra atenta,—cuando canto para que tú dances,

Cuando pongo cosas dulces en tus manos ávidas, sé por qué existe miel en el cáliz de las flores y por qué los frutos se llenan secretamente de sabrosos jugos,—cuando pongo cosas dulces en tus manos ávidas.

Cuando beso tu rostro para hacerte sonreír, niño querido, comprendo el regocijo que irradia el cielo con el alba y la delicia que la brisa del verano proporciona a mi cuerpo,—cuando mis labios besan tu rostro para hacerte sonreír.

Se sabe de dónde viene el sueño que

revolotea sobre los ojos del niño? Sí. Cuéntase que tiene su residencia en la ciudad de las hadas, escondida entre las sombras del bosque, débilmente iluminada por los cocuyos, y donde existen dos tímidas flores encantadas. Es de allí de donde viene la sonrisa a besar los ojos de los niños.

La sonrisa que florece en los labios del niño que dormita, se sabe de dónde proviene? Sí. Cuéntase que un pálido rayo del creciente de la luna nueva, desfloró el borde de una fugitiva nube de otoño y que en el sueño de una fresca mañana de rocío nació la sonrisa que tiembla en los labios del niño que duerme.

La dulce y tierna frescura que aterciopela los miembros del niño, se sabe dónde ha estado oculta por tanto tiempo? Sí. Cuando la madre era todavía una doncella joven, envolvía su corazón en un silencio misterioso de amor—la suave, la dulce frescura que aterciopela los miembros del niño.

Rabindranath Tagore

Fatalidad

Si se nos aísla de los hombres:
¿por qué no se nos dan los libros
sobrantes de las bibliotecas, para
que nuestro infierno no sea tan
espantoso?

Lazareto de las Mercedes

I

En marcha va; camina con trabajo
le consume la fiebre, pero avanza
y corona una cima; de allí lanza
sus miradas abajo.
Allá queda el hogar que por la fuerza
abandona, los bosques y los prados,
los sitios adorados
testigos cariñosos
de amores inviolados.
Los ha dejado para siempre; nunca
a pisar volverá sus heredades
ni a compartir el pan con sus hermanos
en la mesa común de sus mayores.
Los ancianos autores
de su vida, y acaso la constante,
risueña compañera de su infancia,
abandonó en la vera del camino.
Todo allá, en la distancia,
sepultado... ¡Qué triste es su destino!
Entonces, ante el paisaje peregrino
de su tierra nativa
que se dilata airoso ante su vista
se descubre... mas luego,
ocultando en los brazos la cabeza
llora; y llora con la muda tristeza
con que lloran los párpados de un ciego.

II

¿Quién es? La faz miradle...
pero no le miréis; es horroroso:
es un pobre leproso
que marcha desterrado.
¿A dónde? Al Lazareto.
¿Y cuál su crimen es? Ser desgraciado.
Mas tenedle respeto:
su desgracia es de aquellas
que dejan hondas huellas
en la carne lo mismo que en el alma,
y decir no podremos
que esa enferma existencia
no lleva sanidad en la conciencia.

III

¡«Agua de Dios»! Ahí, bajo su cielo
triunfal y esplendoroso,
se revuelve en enjambre
un pueblo corroído y lastimoso.

Semeja un cementerio
de los muertos violando
la noche del misterio;
por fuera de sus tumbas
se mueven, hablan, lloran,
y por piedad imploran
con gemido doliente
sepulcro más seguro
donde tengan la suerte
de dormir en sosiego eternamente
el verdadero sueño de la muerte.

IV

Vive el leproso allí; vive muriendo,
o por mejor decir, muere viviendo,
hasta que al fin en hombros
de cuatro lazarineros
es conducido a su última morada.
¡Y allí queda! La yerba y las espinas
se alzan en vez de túmulo y de losa;
y nada turba, nada,
la augusta soledad de aquellos sitios,
a no ser el balido,
de una cabra montés que de la loma
árida y pedregosa,
baja saltando y llega
a ramonear los cardos de la fosa.

V

¡Señor! Tus hondos fallos no escudriño.
Muy culpables seremos cuando alcanza
por igual tu venganza
al viejo, al joven, la mujer y el niño,
y cuando no les deja ni el consuelo,
alimento de tristes: la esperanza!
¡Señor! Tus hijos somos;
¡Perdónanos! Tu planta
mueve el lecho del pobre lazarinero;
míralo con miradas de concordia
y dile como a Lázaro: ¡«Levanta»!

Horacio Isaza Castillo

(Colombiano)

Nota:—«Agua de Dios» es el nombre del Lazareto,
donde se recluyen los leprosos en Colombia.

Holanda

Omnipotente fuerza, luz transfiguradora, en los hombres, no lo es menos en los pueblos. Allí, en el mapa que tengo frente adonde escribo, veo una mancha menuda, que abre un resquicio para su pálido verde, entre la gran mancha amarilla de Alemania y el celeste claro que representa el mar. Esa mancha menuda es el más pasmoso toque de pincel que se haya impreso sobre la superficie del mundo, desde que este cuadro infinito fué originalmente pintado. ¿Sabes las maravillas de voluntad que significa para el pueblo cuya obra es, esta pinta humilde del mapa? ¿Sabes hasta qué punto ella es efectivamente su obra? No ya la riqueza, ni la fuerza, ni la libertad, ni la cultura: la tierra, el suelo que pisa, el solar sobre que está puesta la casa, el limo donde arraiga el árbol, el terrón que desmenuza la reja, son invenciones de su genio, artificiosidades de su industria, milagros de su querer. Palmo a palmo, ese pueblo quitó su tierra a las aguas; ola por ola, rechazó el embate del mar; día por día, sintió que faltaba para sus movimientos el espacio; bajo sus pies, el sustento; en torno suyo, el hálito y el calor del terruño: como despierta el huérfano y busca en vano el regazo de la madre; y día por día, los rechazó con esfuerzo sublime; día por día tuvo tierra de nuevo, como si, al amanecer de cada sol, hundiera el brazo bajo el agua, y allá, en el fondo del

abismo, tomase a la roca por sus crestas, y la alzara de un arranque titánico, y la pusiese otra vez sobre el haz de la onda... ¡Tierra del cielo sin consistencia y del color sin contornos; baja, húmeda, lisa: tú eres el mayor monumento que la voluntad del hombre tiene sobre el mundo! Pueblo manso y tenaz, grande en muchas tareas; tejedor y hortelano, pintor y marino; pueblo donde se da culto a las flores, que manos blancas y oficiosas cuidan en competencia tras las ventanas de donde acaso se ve, si aclara la bruma, partir las naves que van a tierras caras al sol, por ébano y naranjas y fragantes especias! Como las vacas de tus establos, así tu voluntad es fuerte y fecunda; en el desvaído azul de tus ojos hay reflejos de acero que vienen de tu alma; nadie como tú, pueblo ni hombre, se debió tanto a sí mismo; porque tal como el pájaro junta su nidamenta con las briznas de heno, y las ramillas, y la tierra menuda, y de este modo va tejiendo, hebra por hebra, su nido, de igual manera juntaste tú ese flaco barro que huellas: pueblo donde se ama a las flores, donde el candor doméstico aguarda la vuelta del trabajador en casas limpias como plata, y donde ríos morosos van diciendo, si no el himno, el salmo de la libertad!

José Enrique Rodó

A LOS AUTORES Y CASAS EDITORAS
 PANDEMONIUM publicará referencias y
 aun juicios críticos acerca de las obras que
 se le envíen.

CARICATURA EXTRANJERA



Cuidado con tocarlo, porque se quema los dedos, Tío Sam.

Los libros

A nuestra mesa han llegado *Los poemas de la serenidad* del chileno Ernesto A. Guzmán. (1 vol. Imprenta Universitaria. Santiago, 1914.)

Unamuno prologa el intenso libro.

Guzmán escribe «meditaciones poéticas, lo que los ingleses llaman *musings*, en endecasílabos sueltos, sin la muleta de la rima, en rítmica lengua recogida, en íntima conversación, en soliloquio recatado». Este es, por lo demás, un rasgo muy frecuente en los buenos poetas de Chile. Carecen de sonsonete, pero son ricos en su palabra interior.

Véanse dos poemas, al acaso tomados del volumen que nos ocupa:

CONTIGO

Eres, mi corazón, una limosna
que no pidió la Vida y que le dieron:
en ti siento sonoro y siento cálido

a todo el universo: en ti registro
la piedad de las nubes por las hierbas
y la misericordia de las plantas
por las bocas hambrientas.

Tú eres todo
para mí; me has dado el infinito
dolor de mis pasiones, porque has puesto
esta pareja del amor y el odio
que trasmitan sus sangres a mis obras;
y porque en ti ya olvide, ya recuerde
o arraigue ensoñaciones, la conciencia
de mí mismo es tu dádiva.

Tú fuiste
un vago ofrecimiento impreciso
ya en la ansiedad de ser que aquellas rocas
primitivas soltaron al ambiente...

Y por eso eres triste; y por la espera
infinita, también eres humano.
Eres mi compañero y mi enemigo;
eres mi regocijo y mi diatriba;
mi rechazo y mi aplauso, mi alabanza
y mi reconvencción. Yo te mantengo
de realizaciones; tú, de impulsos.

Te hago senda a lo largo de mis brazos
y la pongo nutrida de anhelantes
deseos silenciosos, cuando te echas
camino de mis manos a ofrecerte
a las manos ajenas, a las buenas

que se dan en alivio con la hostia
y el vino de la ingenua preferencia.
Las invades ansioso, y allí entero
se te acaricia el rostro a flor de palma.
Eres la cara interna, la que tiene
sólo gestos sinceros; la que pide,
asomada a mis ojos, que la entiendan...

Yo te pongo en mi boca y en mis labios,
que saben de tu carne y que la muestran
en el mundo esterior para dejarlo
restregado de ti; por eso sueñan
con ansia y con pasión mis alaridos.

Yo te pongo de sello en toda cosa
y en la vida del rostro, porque tienes
las acciones sencillas los pensares
de ingenuas transparencias; porque sabes
las palabras profundas que no mienten
y las meditaciones ampulosas.

Y cuando para todos te repartes
como una hostia humana ¡por qué entonces
has de ser, para mí, incansable puño
que agolpa sobre el pecho de mi vida
su infinito tesón de destrozármelo!...

AGUA DE RIEGO

Agua de manos blandas y livianas,
agua maravillada, agua de riego!...

Con frase de niño que refresca
los áridos pensares del abuelo
y le ablanda durezas del espíritu,
así vas penetrando en el sembrado
y haces tuya la tierra: te agradece
el terrón, y los brotes te hacen sombra
con ingenua insistencia, porque no halles
tan caluroso el sol; y te saludan
con temor infantil aquellos tallos
todavía distantes... y tú sabes
que gravita en el aire un regocijo
y una inmensa ternura; y nada dices
que son los hijos tuyos!

Agua, corre
y fecunda este valle, y pon tus labios
en todas las raíces: tú refrescas
el corazón del campesino; agrandas
sus ocultos monólogos, y abrigas
de santidad su aspiración. Son hondos
tus ruidos para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas
desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, y le envuelven
en un sonar de espigas el espíritu.
Vienes a ser impulso en su latido;
verdura y claridad, en su esperanza:
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos y arrullar de cunas.

Algún grano de trigo saldrá un día
de estos endeble tallos que hoy empapas
a contar en las hostias el milagro
continuo de tus dedos fervorosos.

* * *

La Sociedad General de Publicaciones, de Barcelona, España, ha empren-

dido la publicación de obras de autores americanos, para propender de tan simpática manera al acercamiento de españoles y naturales del mundo de Colón.

La *Biblioteca selecta de autores americanos*, que bajo este título aparecerá la colección de las obras de nuestros escritores, publicará, en su primera serie, los siguientes volúmenes:

Vázquez Yepes: *Transiciones*. Carlos Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. Guillermo Valencia: *Ritos*. Enrique José Varona: *Tratado de Psicología*. Leopoldo Lugones: *Las Montañas de Oro*. Juan Montalvo: *Geometría Moral*. Enrique Lluria: *La evolución superorgánica*. Eugenio María de Hostos: *Tratado de sociología*. Rafael Delgado: *Los parientes ricos*. Manuel Díaz Rodríguez: *Idolos rotos*.

Las firmas se recomiendan por sí solas.

¡Bienvenida sea, pues, la *Biblioteca selecta de autores americanos!*

¡Paso a la Cultura y al Arte!

* * *

La Sociedad Editorial PROMETEO acaba de publicar los dos primeros tomos de *Las mil noches y una noche*, el gran monumento imaginativo de de los cuentistas orientales.

Es una obra completamente desconocida en España, traducida literal y directamente del árabe por el doctor Mardrus y vertida al español por el ilustre novelista V. Blasco Ibáñez. No existe relato novelesco que pueda compararse en gracia, interés y desenfado con esta obra de una originalidad insuperable. Gómez Carrillo, el exquisito cronista, ha puesto un hermoso prólogo a esta edición española. Su lujosa presentación editorial compite con todo lo publicado por las mejores casas extranjeras. A pesar de los gastos que suponen los derechos de traducción exclusiva, ilustración y demás coste de estos volúmenes, se venden los tomos a una peseta en las principales librerías.